



manuel olimón nolasco

historiador

LUTERO Y SU VIDA ENTRE ANGUSTIAS.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

1.- Profesor de "filosofía desabrida" y estudioso de la Sagrada Escritura.

Fray Martín una vez ordenado sacerdote, recibió de fray Juan de Staupitz, vicario general de los agustinos, la indicación de que se fuera a Wittenberg para regentear en el convento de esa ciudad la cátedra de ética de Aristóteles y al mismo tiempo cursar la teología en la universidad. De acuerdo a sus biógrafos contemporáneos, Oergel, Boehmer y Grisar, "[...] a su espíritu profundamente religioso se le hacía árida y desabrida la filosofía aristotélica; le atraía mucho más la teología y particularmente la Sagrada Escritura". Por consiguiente, a pesar de que por obediencia dio sus cursos, se dedicó más al estudio bíblico, siguiendo sobre todo a Staupitz, decano entonces de la facultad, quien favoreció que su graduación como bachiller se adelantara. En marzo de 1509 recibió ese título.

A pesar de que, juzgando su situación desde lejos podría parecer privilegiada y lo era externamente, el mismo Lutero reconoció que pasaba por este tiempo tremendas angustias interiores. Temores, escrúpulos y dudas bullían en él: "[...] El concepto de que Dios era juez y verdugo más bien que padre misericordioso...y la imposibilidad de cumplir perfectamente la ley divina...La más profunda de las inquietudes y el más desgarrador de los tormentos le venían de la incertidumbre de su predestinación. ¿Estaré desde la eternidad destinado irremediabilmente al infierno?" (García Villoslada, I, pp. 132s). Ante esa angustia, el consejo que recibió de Staupitz fue a la vez sencillo y frágil: que a la hora de que le sobrevinieran esas preocupaciones mirara en su interior las llagas de Cristo y cómo "Dios te dio a su Hijo, el bautismo, el sacramento del altar..."

En esa postura--conviene señalarlo--estaba sembrada la semilla de que cada uno ha de entablar una relación personal y directa con Dios a manera de un sentimiento fuerte; la comunidad de la Iglesia queda lejos, distante y casi simbólica.

2.- Lectura ferviente de San Agustín.

_A San Agustín de Hipona se le llama "el doctor de la gracia" pues, en sus discusiones con los seguidores de Pelagio (pelagianos) que sostenían que la salvación eterna se conseguía con las solas fuerzas humanas, sostuvo la importancia de la gracia de Dios. Al comentar la carta de San Pablo a los romanos se explayó en explicar su posición. Agustín, sin pretenderlo, abrió la puerta para que la aplicación práctica de sus afirmaciones condujera a hacer a un lado la eficacia--por desgracia a veces casi mágica--de prácticas como las peregrinaciones, las promesas y votos, el uso de hábitos o el culto a las reliquias. Esta postura, útil en los años finales de la Edad Media y en los ambientes populares no tocados por el Renacimiento en el siglo XVI, hecha doctrina y práctica, podía vaciar de contenido a los mismos sacramentos, convirtiendo la fe en una experiencia interior de tipo emocional. El bachiller Lutero había dado con el meollo de lo que sería el protestantismo.

Dice Lucien Fèvbre de manera deliciosa: "[...] En lugar de buscar una rigidez y un esfuerzo excesivo de su voluntad débil, el cristiano que se dejara llevar simplemente, experimentando, con una indecible mezcla de alegría y de terror, la acción, única poderosa, de una voluntad sobrenatural, infinitamente santa y verdaderamente regeneradora, el pecador...[que]en lugar de luchar para ser vencido se refugiara 'bajo las alas de la gallina', pidiendo a la plenitud divina el don de lo que le falta, ¿no conocería finalmente, la paz y el consuelo?" (*Martín Lutero. Un destino*, p. 58)

3.- Fray Martín viaja a Roma.

Llevando a cuestas su rechazo a Aristóteles, "el de la filosofía desabrida" y a la escolástica y su inclinación a relacionarse con Dios al modo de Moisés--"cara a cara"--viajó a Roma. La experiencia de una ciudad en pleno furor paganizante del Renacimiento italiano--expresan quienes han estudiado con cuidado la documentación luterana--no fue influencia decisiva, como tanto se ha repetido, en su inclinación antirromana posterior. Afirma García Villoslada: "Verdad es que Lutero no viajaba, como el pagano Goethe, por amor al arte y a la naturaleza; buscaba más bien, como el legendario Tannhäuser, la indulgencia y el perdón de los pecados". (P. 145).

A su llegada a la Ciudad Eterna, el convento agustino estaba a la cabeza de una reforma de la orden impulsada por fray Egidio da Viterbo, superior general y por el preceptor de fray Martín, Staupitz,

que centralizaba en Roma, en detrimento de las autonomías germanas, las líneas que habían de seguir los frailes. Podemos pensar que para los superiores mayores Lutero estaba incluido en los planes de llevar la romanidad a Alemania.

Nuestro fray Martín quiso, como primera acción, hacer una confesión general, quizá con un cardenal de la Curia. Su disgusto ante la incompreensión que recibió le hizo decir: "[...] Vine a Roma y tropecé con hombres indoctísimos. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué pueden saber los cardenales, abrumados de negocios y asuntos de gobierno?" Y fue más adelante: "Los sacerdotes italianos y franceses son ineptísimos e indoctísimos, completamente bárbaros, pues no entienden palabra de latín". (García Villoslada, I, p. 157). En sus famosas "Charlas de sobremesa" escribió hacia 1530: "[...] En Roma yo era un santo loco. Corría por todas las iglesias y catacumbas creyendo todas las mentiras y ficciones que allí se contaban. También yo celebré una o diez misas y casi me dolía que mi padre y mi madre viviesen todavía, pues de buen grado los hubiera liberado del purgatorio con mis misas y otras excelentes obras y oraciones".

Aunque no sea nuestra intención denigrarlo, ¿no se nota una postura de orgullo y cerrazón egoísta, de ser sabio entre ignorantes, capaz entre incapaces?